

La identidad enjaulada

Sergio Raúl Arroyo

Un inquietante universo de perfiles, registros frontales y torsos levemente girados, sobrepuestos a un fondo neutro, constituye el entramado visual que define la colección de fotografía antropométrica de la Fototeca de Pachuca.

En ella se despliegan rostros que no pocas veces alcanzan inexpressividades radicales, dictadas desde fuera, generadoras de cierto hábito rítmico, como si fuesen un segmento de la descomposición silábica de una imagen mayor.

Este material es testimonio de un tiempo, en muchos sentidos aún vivo, que centró su visión del mundo indígena en la abstracción de lo meramente individual, en la mensurabilidad y en la creación de tipologías clasificatorias, paradigmas que, tras hacer valer su desigual dimensión utilitaria, hicieron prevalecer lo homogéneo por encima de todo rasgo específico, convirtiéndose en signos de la endeble objetividad con que ha actuado buena parte de la ciencia moderna.

Provenientes de los fondos Étnico y Culhuacán, con numerosas imágenes elaboradas por fotógrafos cuyos nombres, en su mayor parte, se desconocen, resguardadas en los días del porfiriato en los archivos del antiguo Museo Nacional, este conjunto de imágenes está profundamente emparentado con las series fotográficas que a partir del último tercio del siglo XIX se hicieron en México para la identificación y estudio de delincuentes, prostitutas, enfermos mentales e indigentes, rubros genéricos en los que con frecuencia se aglutinó de un modo abusivamente simplificador a una multitud de personajes y condiciones sociales.

Entre 1890 y 1910, cuando el positivismo alcanzaba en México su punto más alto y la antropología había penetrado los territorios más recónditos del planeta, se realizaron diversos trabajos de investigación científica de orden

comparativo que tenían como principal objetivo descifrar y determinar, en una escala marcadamente evolucionista, los que se consideraban como los elementos más característicos de la estructura físico-biológica de los miembros de las comunidades étnicas del país. La fotografía se incorporó, de manera definitiva, al inventario instrumental de la indagación científica, produciendo registros que, literalmente, exigían más una lectura precisa que una mirada especulativa.

Al amparo del porfiriato, la élite científica local, con incursiones constantes de antropólogos, fisiólogos y biólogos extranjeros, buscó eslabonar, en un tono sumamente próximo al determinismo, la estructura física, la conducta y el grado de desarrollo social. Sobre la base de modelos tomados en diferentes momentos de la biotipología europea y norteamericana, se reelaboraron intrincadas series clasificatorias de los grupos indígenas a través de las que fue posible correlacionar, con un énfasis inédito, las leyes de la herencia biológica con la constitución somática y psíquica, los aspectos morfológicos con los intelectivos.

Ya en 1876, Cesare Lombroso en su célebre *L'uomo delinquente*, proclamaba su interés por constatar, en los caracteres físicos, evidencias de “las inclinaciones o gérmenes amorales o antisociales” de los individuos, pruebas irrefutables para conocer a aquellos seres predestinados desde su nacimiento al delito. La tesis lombrosiana, que no obstante sus apasionados detractores tuvo una profunda difusión en las instituciones policíacas y médicas durante los primeros cuarenta años del siglo, descansaba en el hecho de que el delito era un fenómeno totalmente extendido a nivel planetario, con peculiaridades precisas en los pueblos primitivos, donde, de acuerdo con nuestro autor, “no se consideraba una excepción, sino casi la regla general”, degeneraciones fuertemente estimuladas por lo *inadecuado* del medio social de esas culturas periféricas, pero siempre fatalmente precedidas por características somáticas irregulares, argumentación que era soportada por diversas pruebas documentales, de las que la fotografía no estaba exenta.

Como botón de muestra, baste citar la colección de cráneos de reos que una vez muertos fueron decapitados en la Penitenciaría de Lecumberri entre 1901 y

1914, y que en un primer momento fueron leña que alimentó la hoguera de la discusión lombrosiana. Sobre este material, Josefina Bautista y Carmen Pijoan han escrito un texto que aparecerá en los próximos meses de 1997.

Bajo el trazo de una serie de proyectos teóricos similares, se percibe una voluntad que allana diferencias y diluye rasgos específicos para acceder a lo que se ha entendido como la verdad objetiva de las tipologías y las razas, haciendo desaparecer al sujeto individual como tal y a la fotografía aislada, para dar paso a la secuencia tipológica, que pone de relieve las líneas de continuidad, los rasgos compartidos, la impronta racial. Se trata de despejar los misterios y secretos encerrados en la *physis* de los sujetos, como si se tratase de resolver una ecuación matemática, o de realizar una auténtica autopsia sin cortes. El centro de interés de cada imagen se desplaza inexorablemente hacia el ámbito comparativo. [...]

Fragmento del texto publicado en *Luna Córnea 13. Identidad y memoria*
México, Centro de la Imagen/Conaculta, 1997.